

era bien distinto de sus conciudadanos; si Abraham vivia como los de su siglo, si Job era semejante á los demás príncipes de su nacion, si Esther en la corte de Asuero se gobernaba como las demás mujeres de aquel príncipe; si habia muchas viudas en Betulia y en Israel que se pareciesen á Judith; si entre los hijos de la cautividad hubo otro de quien se dijese, como de Tobías, que no seguia el mal ejemplo de sus hermanos y que huía hasta los peligros de su trato y compañía; mirad cómo en aquellos felices siglos, cuando todavía eran santos los cristianos, resplandecian como astros en medio de las naciones corrompidas; cómo servian de espectáculo á los ángeles y á los hombres con lo singular de sus costumbres; cómo los reprendian los paganos su retiro y su ninguna asistencia á los teatros, á los circos y á las demás diversiones públicas; cómo se quejaban de que los cristianos afectaban distinguirse en todo de sus conciudadanos, formar como un pueblo á parte en medio de su pueblo, tener leyes y costumbres particulares, y cómo luego que algun hombre se convertia al cristianismo, le contaban ya por un hombre inútil para los placeres, para las concurrencias y para sus costumbres; finalmente, registrad todos los siglos, y ved si aquellos santos cuyas acciones y vida se han derivado hasta nosotros, se parecieron á los demás hombres.

Acaso me direis que estas mas son singularidades y excepciones, que reglas que todos debemos seguir; son excepciones, es verdad, pero es porque la regla general es el perderse; porque una alma fiel en el mundo siempre se ha tenido por una singularidad que se acerca á prodigio: direis que no está obligado todo el mundo á seguir estos ejemplos; ¿pero por ventura no es la santidad la vocacion general de todos los fieles? ¿no es necesario ser santos para sal-

varse? ¿acaso el cielo se debe dar á unos á mucha costa y á otros de balde? ¿Teneis vosotros otro Evangelio por donde gobernaros, otras obligaciones que cumplir, ni otras promesas que esperar distintas de las de los santos? Pues si habia otro camino mas fácil para conseguir la salvacion, ¿oh piadosos fieles que gozais en el cielo de un reino que habeis conseguido con la violencia y que ha sido el premio de vuestra sangre y de vuestros trabajos! ¿por qué nos habeis dejado unos ejemplos tan peligrosos é inútiles? ¿por qué nos habeis enseñado un camino áspero, desagradable y muy á propósito para acobardar nuestra flaqueza, si habia otro mas fácil y mas llano, el cual pudiérais habernos manifestado para alentarnos y atraernos, facilitándonos nuestra carrera? ¡Gran Dios! ¿qué poco consultan los hombres á la razon en el negocio de su eterna salud!

Fiaros ahora en la multitud, como si ésta fuera capaz de hacer que quedasen los delitos sin castigo y como si Dios no se hubiera de atrever á perder á todos los hombres que viven como vosotros: ¿pero qué son todos los hombres juntos en la presencia de Dios? ¿le sirvió acaso de estorbo la multitud de culpables para que exterminase toda la carne en el diluvio, para que hiciese bajar fuego del cielo sobre las cinco ciudades infames, para que sepultase á Faraon y á todo su ejército en las aguas, y para que quitase la vida á los murmuradores en el desierto? ¡Ah! los reyes de la tierra pueden tener respeto á la multitud de culpados, porque ésta imposibilitaria el castigo, ó á lo menos le haria peligroso por ser general la culpa; pero Dios que, como dice Job, destruye los impíos en la tierra como quien sacude el polvo que se pega á los vestidos; Dios, en cuya presencia los pueblos y naciones son como si no fuesen, no teme el número de los culpados y solo mira á los delitos; y

lo mas que la flaca criatura puede esperar de los cómplices de su transgresion, es el tenerlos por compañeros de sus desgracias.

Pero si son pocos los que salvan, porque las máximas mas universalmente recibidas son máximas de pecado, tambien son pocos los que se salvan porque las máximas y las obligaciones mas universalmente ignoradas ó despreciadas son las mas indispensables para la salvacion. Ultima reflexion que prueba y aclara las precedentes.

TERCERA PARTE.

¿Cuáles son las obligaciones de la santa vocacion á que hemos sido llamados? Las solemnes promesas del bautismo. ¿Qué prometimos en el bautismo? Renunciar al mundo, á la carne, á Satanás y á sus obras. Estas son nuestras promesas, este el estado del cristiano, estas las condiciones esenciales del santo tratado concluido entre Dios y nosotros, en virtud del cual se nos ha prometido la vida eterna. Estas son unas verdades que parecen demasiado comunes y propias solamente para el pueblo sencillo; pero esto es engañarse. No hay verdades mas sublimes ni tampoco mas ignoradas: continuamente deben anunciarse en las cortes de los reyes y á los grandes de la tierra: *Regibus, et principibus terræ.* ¡Ah! que aunque estos son hijos de luz para los negocios del siglo, al mismo tiempo suelen hallarse mas ignorantes en los primeros principios de la moral cristiana que las almas mas sencillas y vulgares; suelen tener necesidad de ser alimentados con leche y quieren que les suministremos un alimento sólido y que hablemos el idioma de la sabiduría; como si hablásemos en presencia de los mas perfectos.

Primeramente, habeis renunciado al mundo en el bautismo; esta es una promesa que hicisteis á Dios á vista de los santos altares: la Iglesia fué su fiadora y depositaria, y solamente fuisteis admitidos en el número de los fieles y señalados con el indeleble sello de la salvacion, en virtud de la fe que jurásteis al Señor de no amar al mundo, ni á nada de cuanto el mundo ama. Si entonces hubiérais respondido en la sagrada pila lo que estais diciendo todos los dias, esto es, que el mundo no os parece tan infame ni pernicioso como os deciamos; que se le puede tener un amor inocente; que el declamar tanto contra él desde los pulpitos, es porque no le conocemos; y que pues habeis de vivir en el mundo, quereis vivir como el mundo. Si hubiérais respondido de este modo, la Iglesia no os hubiera recibido en su seno, no os hubiera asociado á la esperanza de los cristianos y á la comunión de los que han vencido al mundo, y os hubiera aconsejado que fuérais á vivir entre los infieles que no conocen á Jesucristo, porque allí adonde se adora al príncipe del mundo, es donde se permite amar lo que le pertenece. Por eso en los primeros tiempos, aquellos catecúmenos que aun no podian resolverse á renunciar al mundo y á sus placeres, dilataban su bautismo hasta la muerte; no se atrevian á firmar al pié de los altares, en el sacramento que nos reengendra, unas obligaciones cuya extension y santidad conocian, y con las que no se hallaban en estado de poder cumplir. Estais pues obligados con el mas solemne juramento á aborrecer al mundo, esto es, á no conformaros con él; si le amais, si seguís sus placeres y sus costumbres, no solamente sois enemigos de Dios, como dice San Juan, sino tambien faltais á la palabra que dísteis en el bautismo; abjurais el Evangelio de Jesucristo, sois un apóstata de la religion y pisais los mas

santos é irrevocables votos que puede hacer el hombre.

¿Y cuál es el mundo que debeis aborrecer? No puedo responderos otra cosa sino que es el mismo que amais. Por estas señas no os podreis engañar: este mundo es una sociedad de pecadores, cuyos deseos, cuyos temores, cuyas esperanzas, cuyos cuidados, cuyos proyectos, cuyas alegrías y cuyos pesares se reducen únicamente á los bienes ó males de esta vida. Este mundo es un conjunto de gentes que miran la tierra como su patria, el siglo futuro como un destierro, las promesas de la fe como un sueño y la muerte como el mayor de todos los males; este mundo es un reino temporal, en donde no se conoce á Jesucristo, en donde los que no le conocen no le glorifican como á su Señor, le aborrecen con sus máximas, le desprecian en sus siervos, le persiguen con sus obras, le afrentan ó ultrajan en sus sacramentos y en su culto; finalmente, este mundo, para decirlo con toda claridad, es la multitud. Pues este mismo es el mundo de que debeis huir, al que debeis aborrecer, reprobado con vuestros ejemplos, desear que él tambien os aborrezca y que contradiga vuestras costumbres con las suyas; este es el mundo que debe ser para vosotros un crucificado, esto es, un anatema y un objeto de horror y al que vosotros mismos debeis tambien parecer tales.

Ahora bien; ¿os hallais en este estado respecto del mundo? ¿os sirven de molestia sus placeres? ¿se aflige vuestra fe con sus escándalos? ¿llorais por lo dilatado de vuestra peregrinacion? ¿teneis algo de comun con el mundo? ¿no sois vosotros mismos unos de sus principales actores? ¿sus leyes no son vuestras leyes? ¿sus máximas no son vuestras máximas? ¿no condenais lo mismo que él condena? ¿no aprobais lo que él aprueba? ¿Y aun cuando quedarais solos en la tierra, no se podria decir que este mundo corrom-

pido subsistia en cada uno de vosotros como en un perfecto modelo de quien podrian aprender vuestros descendientes? Y cuando digo vosotros, hablo con casi todos los hombres. ¿Dónde están los que renuncian de veras los deleites, las máximas, las costumbres y las esperanzas del mundo? Todos lo han prometido; ¿pero quién lo observa? Es verdad que muchas personas se quejan del mundo, le llaman injusto, ingrato é inconstante, declaman contra él y hablan mal de sus abusos y errores; pero aunque le desacreditan le aman, le siguen y no pueden vivir sin él; aunque se quejan de sus injusticias, es porque se sienten agraviados, pero no desengañados; conocen sus malos tratamientos pero no sus peligros; le censuran, ¿pero dónde están los que le aborrecen? Pues inferid de aquí si son muchos los que pueden aspirar á la salvacion.

En segundo lugar: renunciásteis á la carne en vuestro bautismo, esto es, os obligásteis á no vivir segun las sentidos, á mirar la ociosidad y la pereza como pecado, á no halagar los corrompidos desos de vuestra carne, á castigarla, domarla y crucificarla; esto no es un punto de perfeccion, es una promesa, es la mas esencial de vuestras obligaciones y el carácter mas inseparable de la fe; ahora bien, ¿dónde están los cristianos que en este punto sean mas fieles que vosotros?

Finalmente, renunciásteis á Satanás y á sus obras; ¿y cuáles son sus obras? Las que componen casi toda la serie de vuestra vida; las pompas, los juegos, los placeres, los espectáculos, la mentira, cuyo padre es, la soberbia, de la que es modelo, las envidias y discordias, de las que es artífice. Ahora os pregunto: ¿dónde están los que no han retratado la anatema que habian pronunciado contra Satanás en este punto?

Y de este modo, quiero decirlo aunque de paso, quedan resueltas infinitas cuestiones. Continuamente nos estais preguntando si son inocentes para los cristianos los espectáculos y demás públicas diversiones. Yo tambien quiero haceros una pregunta: ¿Estas obras son de Satanás ó de Jesucristo? porque en la religion no hay medio. No quiero decir que no haya algunas diversiones que puedan llamarse indiferentes; pero los placeres mas indiferentes que permite la religion y aun hace necesarios la flaqueza de nuestra naturaleza, en algun modo pertenece á Jesucristo, porque deben servirnos para dedicarnos con mas facilidad á las obligaciones mas santas y mas serias. Todo cuanto hacemos, ya lloremos, ya riemos, debe ser de tal naturaleza, que á lo menos lo podamos ordenar á Jesucristo y hacerlo por su gloria.

Fundados, pues, en este principio indefectible y el mas universalmente recibido en la moral cristiana, no tendreis dificultad en decidir la cuestion. ¿Podeis ordenar á gloria de Jesucristo los placeres de los teatros? ¿puede tener Jesucristo alguna conexion con esta especie de diversiones? ¿podreis vosotros decirle antes de empezar á gozarlas, que en esa accion no os proponéis mas que su gloria y el deseo de agradarle? ¿Os parece que los espectáculos, en el pie que hoy están, mas infames aún por el público desorden de las infelices criaturas que se presentan en el teatro, que por las impuras y provocativas escenas que en él se representan, os parece que tales espectáculos serán obras de Jesucristo? ¿Podrá amar Jesucristo una boca que profiere canciones profanas y lascivas? ¿podrá formar el mismo Jesucristo los sonidos de una voz que corrompe los orazones? ¿podrá parecer Jesucristo en el teatro en la persona de un actor ó de una actriz descarada, gentes infames, aun segun

las leyes de los hombres? Blasfemias son estas que me horrorizan. ¿Ha de presidir Jesucristo á unas asambleas de pecado, en donde todo lo que se oye infama su doctrina, donde el veneno entra en el alma por todos los sentidos, en donde todo el arte se reduce á inspirar, á despertar, á justificar las pasiones que él condena? Luego si estas obras no son obras de Jesucristo, en el sentido ya explicado, esto es, obras que puedan á lo menos referirse á Jesucristo, son obras de Satanás, dice Tertuliano: *Nihil enim non diaboli est, quidquid non Dei est. . . . hoc ergo erit pompa diaboli.* Luego todos los cristianos deben abstenerse de ellas; luego los que participan de ellas quebrantan los votos de su bautismo; luego por mas que se precien de inocencia, diciendo que sacan el corazon de estos perversos lugares libre de impresiones, siempre salen manchados, pues solamente con haber concurrido han participado de las obras de Satanás, á las que habian renunciado en su bautismo, y han violado las mas sagradas promesas que habian hecho á Jesucristo y á su Iglesia.

Estas son, católicos, las promesas de nuestro bautismo, y ya os he dicho que no son consejos ó ejercicios de devocion, sino las obligaciones mas esenciales. No se trata de ser mas ó menos perfectos, despreciándolas ó abandonándolas, sino de ser ó no cristianos. No obstante, ¿quién es el que las observa? ¿quién las conoce? ¿quién cuida de acusarse en el tribunal de la penitencia de haber faltado á ellas? Suele costarnos trabajo el hallar materia para la confesion, y despues de una vida absolutamente mundana, apenas hallamos que decir al confesor. ¡Ah! católicos, si supiérais las obligaciones del título de cristianos con que estais ennoblecidos, si conociérais la santidad de vuestro estado, el despego que os impone de todas las criaturas, el aborreci-

miento que os manda del mundo, de vosotros mismos y de todo lo que no es Dios; la vida de la fe, la continua vigilancia, la custodia de los sentidos, en una palabra, la conformidad que os pide con Jesucristo crucificado; si lo conociérais, si reflexionárais en que debiendo amar á Dios con todo vuestro corazón y con todas vuestras fuerzas, un solo deseo que no pueda referirse á Dios os mancha; si conociérais esto, os tendríais por un monstruo en su presencia. ¿Es posible, diríais, que siendo tan santas mis obligaciones, han de ser tan profanas mis costumbres? ¿que mandándoseme una vigilancia tan continua, haya de hacer yo una vida tan descuidada y distraída? ¿que debiendo tener un amor á Dios tan puro, tan lleno y tan universal, haya de estar mi corazón entregado siempre á mil afectos ó extraños ó culpables? Si esto es así, ¡oh Dios mio! ¿quién podrá salvarse? *Quis poterit salvus esse?*¹ Pocos, amados oyentes míos; á lo menos vosotros no os salvareis si no mudais de vida, ni tampoco los que se parecen á vosotros: no se salvará la multitud.

¿Quién podrá salvarse, decís? ¿Quereis saberlo? Los que trabajan para su eterna salud con temblor, los que viven en el mundo pero no viven como el mundo. ¿Quién podrá salvarse? Aquella mujer cristiana que encerrada en el recinto de sus obligaciones domésticas, cria á sus hijos en la fe y en la piedad, que deja al Señor el cuidado de su suerte, que no divide su corazón sino entre Jesucristo y su esposo, que está adornada de pudor y de modestia, que no se sienta en los congresos de la vanidad y no tiene por ley las locas costumbres del mundo, sino que las corrige con la ley de Dios y da estimación á la virtud por su clase y con su ejemplo.

¹ Matth. 19. v. 25.

¿Quién podrá salvarse? Aquel fiel que en la relajación de estos últimos tiempos procura imitar las primeras costumbres de los cristianos, que tiene sus manos inocentes y el corazón puro y vigilante, *que no ha recibido su alma en vano*,¹ sino que aun en medio de los peligros del mundo se aplica continuamente á purificarla; el justo *que no jura fraudulentamente á su prójimo*,² ni debe el aumento inocente de su fortuna á unos medios dudosos; el generoso que llena de beneficios al enemigo que ha querido perderle y no ofende á sus competidores sino con su mérito; el sincero que no sacrifica la verdad á un vil interés, ni sabe complacer agravando su conciencia; el caritativo que de su casa y poder hace asilo para sus prójimos, de su persona consuelo para los afligidos, y de sus riquezas alivio para los pobres; el que es sufrido en los trabajos, cristiano en las injurias y penitente aun en la prosperidad.

¿Quién podrá salvarse? Vosotros, amados oyentes míos, si quereis seguir su ejemplo. Estos son los que se salvarán: es verdad que éstos no formarán el mayor número, y así, mientras vivais como la multitud, es de fe que no podéis aspirar á la salvación. Porque si pudiérais salvaros viviendo de ese modo, casi todos los hombres se salvarían, pues á excepción de un corto número de impíos que se entregan á monstruosos excesos, los demás hombres no hacen mas que lo que vosotros haceis, y mandándonos la fe que no creamos que todos los hombres se salvan, es también verdad de fe que no podéis aspirar vosotros á la salvación, si es que solamente os habeis de salvar con la multitud.

¹ Psalm. 39. v. 4.

² Ibid.